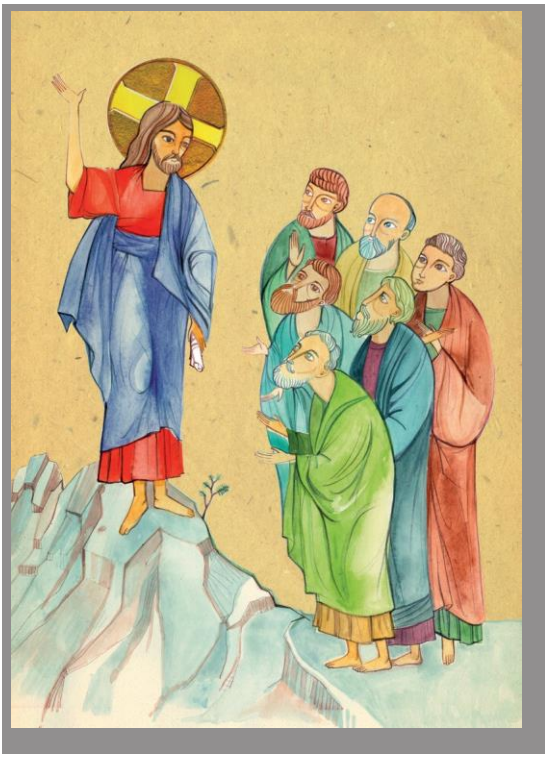
«Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen»

(*Lc* 11, 28)



Materiales para el

Domingo de La Palabra de Dios

Domingo, 26 de enero de 2020

III del Tiempo Ordinario

Editan los Secretariados de la Comisión Episcopal de Pastoral y de la Subcomisión Episcopal de Catequesis · Conferencia Episcopal Española

© Editorial EDICE
Añastro, 1
28033 - Madrid

«Bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen»

(*Lc* 11, 28)

Presentación

El Concilio Ecuménico Vaticano II ha dado un gran impulso al descubrimiento de la Palabra de Dios. Desde dicho Concilio, los sucesivos pontífices han seguido la estela marcada por la constitución *Dei Verbum* y han cuidado muy mucho subrayar la importancia de la Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia. Baste recordar a san Juan Pablo II en la *Tertio millennio adveniente* como preparación para el gran Jubileo del año 2000[1]; a Benedicto XVI, que, a la luz de la Asamblea del Sínodo de Obispos de 2018 sobre la Palabra de Dios en la Iglesia, publicó la exhortación apostólica *Verbum Domini*[2]; y el papa Francisco, quien, a la luz de la XIII Asamblea General del Sínodo de 2012 sobre «La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana», publicó la exhortación *Evangelii gaudium*, donde, además de estar cosida de abundantes citas y comentarios bíblicos, afirma que «toda la evangelización está apoyada en la Palabra de Dios escuchada, meditada, vivida, celebrada y testimoniada»[3].

En dicho itinerario, el obispo de Roma, tras la conclusión del Jubileo extraordinario de la misericordia, el año 2013, pidió que se pensara en «un domingo completamente dedicado a la Palabra de Dios para comprender la riqueza inagotable que proviene de ese diálogo constante de Dios con su pueblo»[4]

Aquella petición, sueño deseado por el papa, se hace ahora realidad, siete años después. En efecto, el pasado 30 de septiembre de 2019 Francisco instituyó el III domingo del Tiempo ordinario como «Domingo de la Palabra de Dios». Se trata de un paso más en el camino abierto desde *Dei Verbum*, cuando insiste en que «es necesario que toda la predicación eclesiástica, como la misma religión cristiana, se nutra de la Sagrada Escritura, y se rija por ella. Porque en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos; y es tanta la eficacia que radica en la Palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual» (DV, n. 21).

---

[1] Juan Pablo II, *Tertio millennio adveniente*, n. 36.

[2] Benedicto XVI, *Verbum Domini*. Exhortación postsinodal sobre *La Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia* (Roma, 2010).

[3] Francisco, *Evangelii gaudium*, n. 174.

[4] Francisco, *Misericordia et misera*, n. 7.

Y… caprichos de Dios… Justo en el año 2020 se cumple el 1600º aniversario de la muerte de san Jerónimo, el gran traductor de la Biblia, que intentó convertir la Escritura al lenguaje cotidiano y común de la gente sencilla para hacer que la Palabra de Dios fuera accesible a todos. Este celo apostólico nace de una convicción muy suya: «la ignorancia de la Escritura es la ignorancia de Cristo».

En todo este tiempo, y como expresión de esa nueva sensibilidad conciliar, podemos decir que la Iglesia ha dado pasos bien significativos en la tarea de dar a conocer la Palabra de Dios. Pensemos, por ejemplo, en la revisión de la liturgia de la Palabra dentro de la celebración de la eucaristía y la presencia de la Escritura en todos los sacramentos, en los catecismos y en los diversos itinerarios catequéticos, así como en la publicación de numerosas traducciones de la Biblia, la divulgación de los materiales orientados a distintos ámbitos de la animación bíblica de la pastoral y los innumerables proyectos de lectura creyente de la Biblia en diócesis, parroquias y comunidades.

Podemos subrayar, como dicen en su carta pastoral los obispos de la Provincia Eclesiástica de Pamplona y Tudela[5], que la Sagrada Escritura es el testimonio escrito de la Palabra divina. En el centro está la Historia de la Salvación que apunta a una Persona, Jesucristo, la Palabra de Dios hecha carne. En la Sagrada Escritura, el Señor habla, se manifiesta a sí mismo, se da a conocer y espera una respuesta libre, personal y consciente. Por ello, es necesario sumergirnos en la Sagrada Escritura con una escucha atenta, una lectura asidua, una actitud receptiva, un corazón orante, una recepción creyente, una asimilación continua, una vivencia intensa, una celebración gozosa y un testimonio misionero.

En este sentido, conocer, celebrar, vivir y orar la Palabra de Dios escrita nos induce a saborear el encuentro con Jesucristo. Un encuentro que, tal como lo usa la teología, tiene un sentido muy denso, pues un encuentro no consiste en un simple cruzarse con una persona, o que dos o más trabajen juntas en un mismo lugar, ni siquiera que vivan bajo el mismo techo. Un encuentro se da cuando una persona se muestra y se comunica a otra persona de tal manera que la vida de esta queda marcada, afectada y transformada para siempre por esta revelación y comunicación. Es lo que sucede a nivel humano en un encuentro de enamoramiento, y es lo que aconteció en la resurrección de Jesús con los apóstoles; de aquel encuentro pasaron de la duda a la certeza, del escepticismo a la esperanza, de la pasividad a la actividad, de la tristeza a la alegría.

[5] Obispos de la Provincia Eclesiástica de Pamplona y Tudela, *Luz en mi sendero* (Estela, 2019).

Con este objetivo se ofrecen los presentes materiales, que, emanados de la carta apostólica en forma de "*motu proprio*" *Aperuit illis*[6], buscan ayudar y acompañar la intención del santo padre sobre el domingo III del Tiempo ordinario dedicado a la celebración, reflexión y divulgación de la Palabra de Dios.

Este texto partió de una intuición y propuesta de Mons. Luis Argüello, secretario general de la CEE, pensando en ofrecer algunas pistas para ayudar a vivir tal acontecimiento en el interior de la propia Conferencia Episcopal y como oferta de servicio para las diócesis, parroquias y comunidades que lo deseen. A ello se sumó la disponibilidad y aportación de La Casa de la Biblia, cuyos materiales ofreció a la CEE para su uso y divulgación, lo que agradecemos sinceramente. Materiales que, ligeramente retocados, aparecen distribuidos en torno a tres núcleos: un subsidio litúrgico para la celebración de la santa misa, unos puntos orientativos y sugerentes para la homilía y un ejemplo de *lectio divina* para el ejercicio de la lectura creyente y orante de la Palabra de Dios.

Nos unimos al deseo del papa Francisco, quien, al final de su carta apostólica, expresa «que el domingo dedicado a la Palabra haga crecer en el Pueblo de Dios la familiaridad religiosa y asidua con la Sagrada Escritura, como ya lo enseñaba el autor sagrado en tiempos antiguos: "esta Palabra está muy cerca de ti: la tienes en tu corazón y en tus labios" (*Dt* 30, 14)».

Juan Luis Martín Barrios
Director de los Secretariados de la Comisión Episcopal de Pastoral
y de la Subcomisión Episcopal de Catequesis

[6] Francisco, *Aperuit illis. Carta apostólica en forma de "motu proprio" con la que se instituye el Domingo de la Palabra de Dios* (Roma, 2019).

Lectio divina
«Les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras»

(*Lc* 24, 13-35)

Introducción

El pasado 30 de septiembre de 2019, el papa Francisco instituyó el III domingo del Tiempo ordinario como «Domingo de la Palabra de Dios». Se trata de un paso más en el camino abierto por el Concilio Vaticano II, concretamente por la constitución dogmática *Dei Verbum*, cuando insiste en que «es necesario que toda la predicación eclesiástica, como la misma religión cristiana, se nutra de la Sagrada Escritura, y se rija por ella. Porque en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos; y es tanta la eficacia que radica en la Palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual» (DV, n. 21).

En las últimas décadas, y animada por el Concilio, la Iglesia ha dado pasos muy importantes en la tarea de dar a conocer la Palabra de Dios. La revisión de la liturgia de la Palabra en la celebración de la santa misa, así como la presencia de la Escritura en todos los sacramentos, la publicación de numerosas y excelentes traducciones de la Biblia, la divulgación de materiales orientados a distintos ámbitos de la animación bíblica de la pastoral, los innumerables proyectos de lectura creyente de la Biblia en parroquias y diócesis, son expresión de esa nueva sensibilidad conciliar.

Estos esfuerzos se han visto fuertemente impulsados en los últimos años por la celebración del Sínodo sobre «La Sagrada Escritura en la vida y en la misión de la Iglesia» y la exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*, del papa Benedicto XVI. El empeño misionero y evangelizador del papa Fran- cisco, cuyo programa quedó plasmado en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium (La alegría del Evangelio),* vino a reforzar todavía más este deseo de que la Palabra de Dios llegue a todos.

Si hay un elemento compartido por estos documentos magisteriales –*Dei Verbum*, *Verbum Domini* y *Evangelii gaudium*– es el deseo de que la práctica de la *lectio divina* se haga cada día más usual entre los creyentes: «Lléguense, pues, gustosamente, al mismo sagrado texto, ya por la sagrada liturgia, llena del lenguaje de Dios, ya por la lectura espiritual, ya por instituciones aptas para

ello, y por otros medios, que con la aprobación o el cuidado de los pastores de la Iglesia se difunden ahora laudablemente por todas partes. Pero no olviden que debe acompañar la oración a la lectura de la Sagrada Escritura para que se entable diálogo entre Dios y el hombre; porque "a Él hablamos cuando oramos, y a Él oímos cuando leemos las palabras divinas"» (DV, n. 25).

En este contexto ofrecemos esta sesión de *lectio divina.* Es una propuesta para aproximarnos al texto sagrado como creyentes, en clave de oración. También quiere ser una ayuda que despierte en nuestras vidas el hambre de Dios y de su Palabra.

Guía de lectura: «Les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras» (*Lc* 24, 45)

Ambientación

Cuando el evangelista Lucas decide escribir su Evangelio, lo hace convencido de que los cristianos a los que se dirige tienen algunas dificultades para vivir el seguimiento de Jesús. Han transcurrido más de cuarenta años después de su muerte y resurrección y los creyentes comienzan a mostrar síntomas de cansancio y desánimo. Es necesario, además, recordar las palabras, los gestos, las acciones y, sobre todo, la muerte en cruz y la resurrección del Señor, porque los destinatarios del evangelio de Lucas ya no le han conocido personalmente. Les cuesta actualizar la presencia del Resucitado. El evangelista, con gran maestría, compone su relato para ayudar a «conocer la solidez de las enseñanzas recibidas».

Miramos nuestra vida

En nuestro día a día encontramos mucha gente que parece vivir sin demasiado entusiasmo, sin rumbo, sin sentido, como desilusionada. Entre ellos descubrimos también a bautizados que se alejan de sus comunidades, de sus parroquias… Y no es raro constatar cómo los creyentes no vivimos la alegría y la esperanza que la resurrección de Jesús debería suscitar en nosotros.

— ¿Conoces gente a tu alrededor que parece marchar con poco entusiasmo en el camino de la vida? ¿Qué razones dan para sentirse así?

— Las iglesias están cada vez más vacías y sufren la deserción de muchos creyentes que sólo acuden a ellas esporádicamente. ¿Qué motivos aducen los que se alejan? ¿Cuáles crees tú que son los motivos reales para ese distanciamiento?

— Las comunidades cristianas no siempre generan esperanza y alegría, porque a menudo viven alejadas de los problemas reales de la gente y no son comunidades vivas. ¿Cómo es tu comunidad? ¿Es verdaderamente un ámbito de celebración y de vida?

Escuchamos la Palabra de Dios

Cleofás y el otro discípulo de Emaús reflejan la frustración, la desesperanza y el desaliento que vivían muchas comunidades cristianas de la segunda generación. Con esta narración, Lucas desea recordarles que el Señor resucitado camina a su lado, alentando e iluminando sus pasos, aunque a veces no lo puedan reconocer.

— Nos preparamos para escuchar la Palabra de Dios guardando un momento de silencio.

— Proclamamos el evangelio: *Lc* 24, 13-35.

— Reflexionamos en silencio. Para ello nos puede ayudar releer atentamente el texto fijándonos en diversos detalles, en los personajes, en lo que dicen, en lo que hacen…

— Tratamos de responder entre todos a estas preguntas:

- ¿Qué lugares se nombran en esta escena? ¿Dónde acontece casi toda la acción?
- ¿Cómo se produce el encuentro entre los dos discípulos y Jesús? ¿De qué hablan?
- ¿Cómo describe Lucas la experiencia que están viviendo estos discípulos?
- ¿Cómo reconocen Cleofás y su compañero a Jesús resucitado? ¿En qué cambia la situación en que se encontraban al principio?
- ¿Qué hacen después de reconocer a Jesús?

Volvemos sobre nuestra vida

Cleofás y el otro discípulo sin nombre –en el que podemos vernos personificados cada uno de nosotros–, caminan desanimados y desorientados. En esa situación, a la luz de la Palabra y en torno a la mesa del Pan partido, van a experimentar la cercanía siempre misteriosa del Resucitado. Él, que ya ha recorrido antes que ellos el camino de cruz, les ayudará a vivir en fidelidad a la voluntad del Padre y al proyecto del Reino.

— Los discípulos de Emaús releen su situación iluminados por la Palabra y son capaces de encontrar luz en ella. ¿Cómo es tu relación con la Palabra de Dios? ¿En qué debería cambiar? ¿Es la fuente donde alimentas cotidianamente tu sed de seguir a Jesús más fielmente?

— ¿Qué iniciativas o grupos existen en tu comunidad cristiana o parroquia que traten de acercar la Palabra de Dios a la gente y a sus problemas vitales?

— ¿Qué lecciones podemos aprender de la experiencia de los discípulos de Emaús para cada uno de nosotros y para nuestras comunidades cristianas?

Oramos

El episodio de los discípulos de Emaús nos enseña a orar al estilo de la *lectio divina*, tal y como estamos haciendo en esta reunión. Como ellos, también nosotros hemos mirado nuestra vida con sus desazones y tristezas y, desde esa situación, hemos escuchado las Escrituras y la palabra de Jesús, que es la misma Palabra de Dios hecha carne. En ella queremos encontrar luz y ánimo para aprender a verlo todo de un modo nuevo y afrontar los desafíos del camino de la vida y de la fe.

Con palabras del apóstol Pablo, pedimos al Señor que ilumine los ojos de nuestros corazones para que lleguemos a comprender la esperanza y la alegría que nos regala con su resurrección.

— Colocamos una Biblia abierta en el centro, junto a un trozo de pan y una copa de vino, como símbolos que nos ayuden a rezar juntos.

— Escuchamos de nuevo *Lc* 24, 13-35.

— Dejamos un momento de silencio para que cada uno haga suya esta Palabra y terminamos compartiendo con los demás miembros del grupo nuestra oración.

— Podemos acabar la reunión cantando juntos *Te conocimos, Señor*, *Quédate junto a nosotros* o *Quédate con nosotros*.

Explicación del pasaje

† Ninguno de los evangelistas puede describir los detalles del acontecimiento de la resurrección de Jesús. No hubo testigos directos del mismo. El sepulcro vacío fue el hecho y el signo en torno al cual se desencadenaron un sinfín

de experiencias que mostraron a la fe de los discípulos que el Señor estaba vivo. Esa ausencia física del Maestro les ayudó a leer las Escrituras con una nueva luz, para descubrir en ellas los planes de Dios y encontrar un sentido a lo acontecido en Jesús de Nazaret. Realmente era el Hijo de Dios. Con este episodio de los discípulos de Emaús, Lucas ofrece una verdadera catequesis narrativa donde muestra de qué manera el Resucitado sigue haciéndose compañero de camino para nosotros y nuestras comunidades, como lo hizo con Cleofás y el otro discípulo.

† La escena se desarrolla el mismo día de la resurrección. Aquellos dos discípulos vienen de Jerusalén y se dirigen a una aldea llamada Emaús. Recordemos que Cleofás y su compañero han abandonado la ciudad hacia la que Jesús se había encaminado con sus discípulos durante gran parte de la narración del evangelio de Lucas (cf. *Lc* 9, 51–19, 27) y donde murió crucificado. Están recorriendo, por tanto, la ruta inversa a la que hizo su Maestro, alejándose del lugar de la última cena y de los momentos finales de su vida. El camino en este evangelio es símbolo del seguimiento. De ahí que, caminando en el sentido opuesto al de su Señor, huyendo decepcionados y desilusionados de Jerusalén, muestran que su condición de discípulos atraviesa una profunda crisis.

† En medio de esa crisis, los dos de Emaús son incapaces de ver con claridad lo que está sucediendo. Pero Jesús se hace el encontradizo, aunque se presenta de un modo nuevo y no es reconocido a primera vista. Se aproxima, se interesa por lo que les preocupa y les pregunta sobre lo que van conversando. Ellos le hablan de Jesús como «un profeta poderoso en obras y palabras». Esperaban que fuera el Mesías liberador, pero su muerte dramática en cruz ha truncado todos sus anhelos. Sus ojos están cerrados para ver lo que significan todas esas cosas de las que les han hablado: la tumba vacía, la noticia de apariciones a las mujeres, las palabras de algunos discípulos que afirmaban que el Señor estaba vivo.

† Lucas describe gráficamente la situación. Los dos de Emaús toman distancia de Jerusalén, haciendo el camino opuesto al que recorrieron junto al Maestro. Dejando atrás su comunidad de referencia van ofuscados y entristecidos. Ellos mismos constatan la frustración que viven con sus propias palabras. Hablan en pasado de Jesús como profeta y de sus esperanzas depositadas en él, de lo que las mujeres han visto y experimentado con el sepulcro vacío, pero no pueden ver más allá y son incapaces de interpretar esos signos.

† Serán las palabras de Jesús las que iluminen el sentido profundo de su vida y de su muerte. Haciendo un repaso por todo lo que Moisés y los profetas

habían anunciado sobre él, el Señor resucitado les ayuda a entender lo que antes era absolutamente incomprensible. De este modo, también las Escrituras cobran un significado nuevo. Interpretadas a la luz de lo acontecido en la persona de Jesús, se convierten en motivo de esperanza para aquellos discípulos que parecían haber tirado ya la toalla. Así lo reconocerán ellos: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?».

† Entusiasmados por la conversación, Cleofás y el otro discípulo ofrecen su hospitalidad a aquel desconocido. Con mucha insistencia le piden que se quede con ellos y comparta su mesa, sin darse todavía cuenta de que su invitado era aquel que había hecho eso mismo con ellos durante tantas veces a lo largo de su vida. Sentados para cenar, el huésped se comporta como el anfitrión y parte para ellos el pan bendiciendo a Dios, como lo había hecho en la última cena. Entonces se les abren los ojos de la fe y lo reconocen.

† Este encuentro con el Resucitado en la escucha de la Palabra y en el Pan partido con el hermano provoca en estos discípulos una transformación radical. Aquellos dos que caminaban desilusionados hacia Emaús experimentan un cambio en la mirada y en su fe dormida. De nuevo se ponen «en camino», pero ahora en el sentido adecuado, rumbo hacia Jerusalén, en dirección hacia la comunidad allí reunida que ellos habían abandonado. Quieren para compartir la experiencia y celebrar juntos la resurrección de Jesús, volviendo a percibir una vez más la presencia del Señor que «está vivo» en medio de ellos.

Subsidio litúrgico para la celebración de la santa misa

La asamblea se reúne en el atrio de la iglesia

Monición de entrada

El papa Francisco ha establecido que este III domingo del Tiempo ordinario sea celebrado como el «Domingo de la Palabra de Dios». El papa nos invita a fortalecer los lazos con los judíos y a rezar por la unidad de los cristianos, reconociendo cómo «la Sagrada Escritura indica a los que se ponen en actitud de escucha el camino a seguir para llegar a una auténtica y sólida unidad».

Jesucristo resucitado, Palabra de Dios hecha carne, sigue queriendo acercarse a nosotros como luz que ilumina y orienta nuestros pasos. Él, presente donde dos o más nos reunimos en su nombre, nos sale al paso como hizo en su día con los discípulos de Emaús, se hace el encontradizo y nos abre el entendimiento para que su Palabra inflame nuestros corazones y nos impulse a anunciar la buena y alegre noticia del amor de Dios.

En el atrio o pórtico de la iglesia, el sacerdote saluda al pueblo como de costumbre y se procede a la lectura del salmo 119 (118), intercalando la siguiente respuesta:

R. Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero.

Lámpara es tu palabra para mis pasos,
luz en mi sendero;
lo juro y lo cumpliré:
guardaré tus justos mandamientos;
¡estoy tan afligido!
Señor, dame vida según tu promesa.

R. Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero.

Acepta, Señor, los votos que pronuncio,
enséñame tus mandatos;
mi vida está siempre en peligro,
pero no olvido tu voluntad;
los malvados me tendieron un lazo,
pero no me desvié de tus decretos.

R. Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero.

Tus preceptos son mi herencia perpetua,
la alegría de mi corazón;
inclino mi corazón a cumplir tus leyes,
siempre y cabalmente.

R. Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero.

Después de la lectura de este salmo, se inicia la procesión de entrada encabezada por la Escritura Sagrada (Evangeliario o leccionario, que porta el diácono o el sacerdote) acompañada por dos cirios encendidos, mientras se entona el canto de entrada.

A su llegada al presbiterio, se deposita el libro en un lugar destacado y preparado previamente, donde puede permanecer durante todo el año. Junto al libro conviene colocar una lámpara encendida, resaltando así su presencia en medio de la comunidad.

Desde la sede, el sacerdote continúa con el acto penitencial, que puede ser el siguiente:

Acto penitencial

— Tú, que eres la Palabra hecha carne, que has querido compartir nuestra pequeñez y entablar diálogo con todos: Señor, ten piedad.

— Tú, que eres la Palabra que has venido a iluminar a todo hombre que viene a este mundo: Cristo, ten piedad.

— Tú, que eres el único a quien acudir porque tienes palabras de vida eterna: Señor, ten piedad.

Liturgia de la Palabra

Después de la oración colecta todos se sientan. Los lectores y el salmista se acercan al lugar donde se encuentra el leccionario y lo acercan al sacerdote. El sacerdote, de pie, toma el leccionario, lo muestra al pueblo y dice:

Resuene siempre en esta casa la palabra de Dios, para que conozcáis el misterio de Cristo y se realice vuestra salvación dentro de la Iglesia.

R. Amén.

Luego, el sacerdote entrega el leccionario al primer lector. Y los lectores y el salmista se dirigen al ambón, llevando el leccionario a la vista de todos.

Conviene dar la mayor solemnidad posible a la proclamación de la Palabra de Dios en este domingo, con el fin de remarcar su centralidad en la comunidad e importancia en la liturgia. Puede hacerse mediante el canto del salmo responsorial, incensando el Evangeliario…

Oración de los fieles

Oremos a Dios Padre, que nos envió a su Hijo, Buena Noticia para el mundo:

1. Por la Iglesia y todos los que la formamos; por el papa Francisco, nuestro obispo N., nuestros sacerdotes, diáconos, lectores y demás ministros de la Palabra, para que siempre y en primer lugar seamos oyentes y servidores del Evangelio, roguemos al Señor.

2. Por los que han recibido en la Iglesia el encargo de transmitir la Palabra de Dios: los exegetas, que la interpretan; los teólogos, que profundizan su sentido; los pastores y los catequistas, que la anuncian; para que sepan actualizarla, iluminando la vida de los oyentes, roguemos al Señor.

3. Por los que escuchan la Palabra de Dios por primera vez; para que sean capaces de descubrir al que es la Buena Noticia para los pobres, la luz para los ciegos, la libertad para los oprimidos, roguemos al Señor.

4. Por nuestra diócesis y nuestra comunidad cristiana; para que todas sus iniciativas y proyectos pastorales busquen llevar la luz, la sal y la alegría del Evangelio a todos los rincones de nuestra sociedad, roguemos al Señor.

5. Por todos los que celebramos cada domingo la eucaristía y podemos saciar nuestra sed en las palabras de vida eterna que Jesús nos ofrece; para que, transformados, seamos testigos de la alegría del Evangelio, roguemos al Señor.

Señor, Dios nuestro,
lleguen a tu presencia los deseos de nuestros corazones
y las súplicas de nuestros labios.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Bendición final

Al despedir a la asamblea, el sacerdote puede recordar dos cosas: una, que los cristianos somos discípulos misioneros; discípulos que escuchamos a Jesús y misioneros que lo anunciamos, para lo que es conveniente y necesario llevar en el corazón y tener en casa la Sagrada Escritura.

Y dos, recordar que al decir "podéis ir en paz" significa que como bautizados participamos del sacerdocio real de Jesucristo y, por tanto, lo que hemos visto y oído en la celebración lo llevamos a nuestra vida de cada día.

Sugerencias para el canto:

† Canto de entrada: *Tu Palabra me da vida*

† Aleluya

† Presentación de los dones: *Te ofrecemos, Señor* u *Ofrenda de amor*.

† Canto de comunión: *Sois la semilla*

† Canto final: *Anunciaremos tu reino*

Sugerencia para la homilía

Celebramos el III domingo del Tiempo ordinario tras la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos. Hacia esta unidad caminaremos todas las confesiones cristianas si de verdad ponemos la Palabra de Dios en el centro de nuestras comunidades y de nuestras relaciones. El Señor Jesús insiste en que permanezcamos unidos a él, la Vid verdadera, de modo que sus palabras permanezcan en nosotros, sus discípulos.

El versículo del aleluya, que hoy hemos tomado del final del evangelio de Mateo, nos ofrece una clave para comprender las lecturas que hemos proclamado en este «domingo de la Palabra de Dios» que el papa Francisco ha instituido en el III domingo del Tiempo ordinario: «Jesús predicaba el Evangelio del Reino, curando las enfermedades del pueblo».

El arresto de Juan el Bautista, el primero en intuir la llegada del Reino y anunciarlo, empuja a Jesús a tomar el relevo. A partir de ahora será él quien continúe con la predicación de la Buena Noticia del Reino y su implantación en medio de este mundo. El Bautista había irrumpido en escena en el desierto de Judá, junto al Jordán. Su mensaje era de conversión ante la inminente llegada de Dios que trae un hacha en la mano para cortar los árboles que no dan fruto. Un anuncio terrible que podía infundir miedo y temor. Jesús, por su parte, cambia de escenario. Sube a Galilea y se traslada desde Nazaret, el pueblo donde se había criado y vivido durante 30 años, hasta Cafarnaúm, que está situado junto al lago de Genesaret.

El desierto de Judá da paso al vergel de Galilea. Una tierra de frontera, que por su proximidad a otros pueblos extranjeros es llamada «la Galilea de los gentiles». A primera vista, Jesús se limita a repetir el mismo mensaje de Juan: «Convertíos, porque está cerca el Reino de los cielos». Pero el tono y las consecuencias de su predicación son muy diversas. Si la proclamación de Juan suscitaba cierto temor por las imágenes que utiliza (cf. *Mt* 3, 7-12), el anuncio de Jesús genera alegría y gozo, y proporciona luz para salir de las tinieblas en las que vive Israel. De este modo se cumplen las palabras del profeta Isaías que hemos escuchado en la primera lectura: «El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande; habitaban tierras de sombras, y una luz les brilló. Acreciste la alegría, aumentaste el gozo». Estas palabras nos traen a la memoria el Evangelio que se proclamó el día de Navidad y todo lo que hemos celebrado en estas fiestas tan entrañables: «El Verbo era la luz verdadera que alumbra a todo hombre, viniendo al

mundo». Jesús, con su anuncio, con su palabra, trae vida, ilumina, da el poder ser hijos de Dios, llena la vida de regocijo.

Si la invitación del Bautista movió a muchos a bautizarse, la proclamación de Jesús se convierte en una invitación al seguimiento y a involucrarse en la tarea del Reino, que trae curación y salvación para todos: «Venid y seguidme y os haré pescadores de hombres». Jesús anuncia un proyecto en el que, junto a otros, la prioridad sea curar y recuperar a quienes viven sumergidos y oprimidos por las fuerzas del mal.

Jesús no solo invitó a los primeros discípulos a implicarse en la hermosa tarea del Reino. El Señor resucitado llamó también a Pablo y lo empujó a ir más allá de las fronteras del judaísmo para que todos los pueblos –y no solo Israel– conocieran el Evangelio del amor de Dios revelado en la cruz: «No me envió Cristo a bautizar, sino a anunciar el Evangelio, y no con sabiduría de palabras, para no hacer ineficaz la cruz de Cristo».

El papa Francisco, al instituir el «domingo de la Palabra de Dios», nos recuerda que el Resucitado sigue caminando en medio de su comunidad, explicando las Escrituras con su vida y su palabra, e invitándonos a todos a implicarnos en la hermosa tarea de anunciar el Evangelio.

Si Jesús se traslada hacia las fronteras de Galilea para convertirse en luz y alegría, si Pablo va más allá de los límites del judaísmo, podemos comprender la urgencia con la que el papa Francisco nos invita a salir e ir hacia las periferias de la existencia para llevar la alegría y el consuelo del Evangelio a todos. Solo podremos ser servidores de la Buena Noticia del Reino si, como nos invita este «domingo de la Palabra de Dios», colocamos el Evangelio en el centro de nuestras vidas, de nuestras comunidades y de nuestras tareas.

EDICE
editorial